

juntamente los principios, no determinen á los incrédulos á las malas costumbres; y que, sin embargo de tales principios, puestos en las mismas circunstancias, vivan virtuosamente. Así pues á la gran tésis tan repetida de Bayle, de que los hombres no siempre se conforman con sus principios, respondo: ó esos principios son mas conformes á las disposiciones é inclinaciones del corazón, ó son contrarios á ellas: si son conformes, la operación es consiguiente; mas si son contrarios, solamente tendrán efecto cuando estén acompañados de auxilios ó motivos superiores á la inclinación del corazón. Los principios del ateo, como se ha visto en el capítulo anterior, son negar la distinción entre el vicio y la virtud, poner el derecho en la fuerza, y tener por lícito lo que agrada. Y aunque concedamos á Bayle que el ateo conozca las ideas eternas de lo recto y de lo honesto, siempre, según su sistema, está firme en que no hay juez que vele sobre la observancia ó trasgresión de esas leyes, ó que haya de repartir premios ó castigos; porque acabándose todo con la muerte, la vida es el único tiempo de gozar. Ahora pues, estos principios son plenamente conformes á los apetitos del corazón humano inclinado al bien sensible presente, de los cuales apetitos suponemos que esté agitado el ateo en aquel grado que el cristiano que peca; y que se halle en las mismas circunstancias: luego en el ateo no hay razón alguna para que deje de vivir al tenor de sus principios; y antes bien se halla en él una *razón compuesta*, por decirlo así, de pasiones y principios por la que deberá vivir como perverso. Los principios del cristiano son enteramente contrarios á los del ateo, y del todo opuestos á las pervertidas inclinaciones del corazón. Si sucede, pues, que los motivos que nacen de tales principios obren en el espíritu del cristiano con una fuerza proporcionada á la de los apetitos terrenos; que es decir, si la esperanza de premios, ó el temor de penas eternas, ó el amor al Legislador soberano hacen en el espíritu del cristiano una impresión mas fuerte que la de los deleites terrenos, entonces él puede obrar y vivir conforme á sus principios: y si al contrario los deleites terrenos prevalecen, entonces él, dejando á un lado los principios de la razón y de la fe, marcha en pos

de los apetitos, y vive y obra como criminal. Pero siempre su vida perversa y criminal, como consiguiente á un contraste y á una victoria que los apetitos lograron contra los principios del entendimiento, y contra los fuertes motivos que se derivan de ellos para vivir rectamente, nos muestra con evidencia, y confirma que debe ser igual y peor la de un ateo, en quien los apetitos desenfrenados, lejos de ser contrariados por los principios, antes bien son favorecidos y alentados. Esto es lo que debe decirse para responder al símil de Bayle, considerando la naturaleza de las cosas, y la ordinaria conducta de los hombres. Mas no por eso pretendo que todas las acciones de un ateo hayan de ser criminales, ó que alguna vez, aun cuando se halle agitado por las pasiones, no pueda obrar contra las máximas de su sistema en virtud de algun principio, que entonces se le presenta. Con todo eso no se puede creer que tal principio haya de tener fuerza ordinariamente en los incrédulos, sino rara vez en alguno; y menos puede creerse que haya de tener tanta eficacia en alguno, que le haga vivir virtuosamente contra las máximas del sistema, como quiere Bayle, porque esto significa un constante tenor de probidad: y esta la conceptuamos totalmente imposible en un ateo, por las razones ya expuestas, y por las que ahora añadiremos.

CAPÍTULO VI.

Se demuestra que son ineficaces al efecto los motivos que, según Bayle, tienen los ateos para vivir bien.

I. Se proponen los argumentos de Bayle.

No creemos que el grande abogado de los impíos se dé por rendido con lo dicho. Nada es para él mas comun y mas fácil que renovar los asaltos para impugnar la verdad, persuadido á que por lo menos en los espíritus

ignorantes ó mal inclinados, á quienes especialmente habla en sus inmensos volúmenes, un aparato vario y copioso de argumentos deberá últimamente hacer la impresion que desea, y obtener el triunfo.

Se empeña pues en explicar los manantiales, que poco antes habia mencionado en confuso, y donde piensa que pueden beber la honestidad y la virtud los que apostatan de la Religion y de Dios. Referiremos sus palabras tomadas de una *Ilustracion* que puso en el tomo 4º del *Diccionario*, en la cual hace una apología de sí mismo por los elogios que habia dado á la virtud de los ateos, y que, por la injusticia y por la afectacion con que se repiten, habian ofendido y ofenden todavia á las personas sabias y virtuosas. Dice pues así:

« El temor y el amor de la Divinidad no son la única » fuente de las acciones humanas : hay otros principios » que mueven al hombre. El deseo de ser aplaudido, el » temor de la infamia ; las disposiciones del tempera- » mento, las penas y las recompensas propuestas por los » magistrados tienen mucha actividad sobre el corazon » del hombre... Siendo esto constante, no se debe repu- » tar una paradoja escandalosa, sino antes bien una cosa » muy probable, que hombres sin Religion se inclinen » mas fuertemente á las buenas costumbres por la fuerza » del temperamento, acompañada del amor de los elo- » gios, y sostenida por el temor de la infamia ; que lo » que excita á otros á eso mismo el estímulo de la con- » ciencia¹. »

Este es el finísimo artificio del gran sofista : no proponer jamás un error sino precedido y acompañado de alguna verdad clara y sensible. Que obren fuertemente en el corazon del hombre, no solo el respeto á la Divinidad, sino tambien el temor del Príncipe, el horror de la infamia, la alabanza y el temperamento, es cosa ciertísima y de que no puede dudarse. Pero que hombres sin Religion, por estos motivos, hayan de inclinarse fuertemente á las buenas costumbres, y vivir virtuosamente, es una proposicion que no podemos pasar, y que ante los ojos del lector vamos á examinar atentamente.

¹ *Eclaircissement sur les athées.*

II. *Cuanta fuerza tenga en el ateo el temor de los magistrados ó de la infamia. Sueño de Lucrecio adoptado por Bayle.*

Imaginémonos un hombre sin Religion tentado de una pasion vehemente, que le incita al mal, y que tiene sobre su espíritu tanta mayor fuerza, cuanto que en el sistema que él sigue, en vez del contrapeso de la esperanza ó temor de bienes ó males eternos, halla un nuevo incitamento en la persuasion de que para él todo finalizará con la muerte. ¿Qué es lo que podrá balancear el ímpetu de esta pasion, y contener al impío? El temor de los magistrados, y el horror de la infamia, responde Bayle.

Pero el miedo á los magistrados no tiene lugar : 1º contra innumerables excesos, á que su encargo no se extiende. Tales son las embriagueces, las simples fornicaciones, y otros muchos géneros de obscenidades ; tales la continua ociosidad, la avaricia, la ingratitud, la infidelidad á la palabra dada, el desprecio de los inferiores, y otras semejantes culpas de que no suele cuidar el juez¹. En segundo lugar, ni el temor de los magistrados, ni el horror de la infamia tienen fuerza alguna para reprimir las pasiones del impío, cuando sus excesos son internos ó pueden quedar ocultos. Y considérese aquí, qué serie inmensa de iniquidades se podrán cometer sin riesgo alguno por los incrédulos siempre que quieran. *Porque* (como dice oportunamente Ciceron)², « ¿ qué no hará » en las tinieblas un hombre que no teme otra cosa sino » al testigo y al juez? Qué hará en un desierto hallando » á otro hombre débil y solo, á quien pueda quitar el dinero?... Lo que tal hombre hará, pienso que todos lo » conoceis. » Hará cuanto malo pueda, dice Prudencio,

¹ Obsérvese que Ciceron, en el lib. 1 *De leg.*, cap. 16, parece que menciona leyes que dan fomento á los delitos. *Quòd si popolorum jussis, si Principum decretis, si sententiis judicum jura constituerentur, jus esset latrocinari, jus adulterare, jus testamenta falsa supponere, etc.*

² Num quid faciet hic homo in tenebris, qui nihil timet nisi testem et judicem.....? Videtis, credo, quid sit acturus. *Ibid.*, cap. 54.

quien, figurando en sí los conocimientos de este libertino que defiende Bayle, canta así sublimemente¹:

Y si toda mi vida
Al punto de espirar queda destruida,
Y fuera del sepulcro nada sobra,
¿Qué tengo yo que ver con lo que obra
El que este mundo hiciera
O que le rige desde la alta esfera?
¿Qué es Dios ya para mí? ¿Qué poderío
Podrá temer el apetito mio?
En liviandad ardiendo,
De placer en placer iré corriendo;
Y sin respeto al tálamo sagrado,
Por mí el sacro pudor se verá hollado.
Siempre que sin testigo
Me entregue algún tesoro el mas amigo,
Negarélo insolente:
Despojando igualmente
Al huérfano sencillo que se fie
De quien protervo de su fe se rie.
Con cancion nigromántica inhumana
La vida quitaré á la madre anciana,
Porque en sus canos años no se exceda
Contra la voluntad del que la hereda.
No temo ya la espada de las leyes:
Me mofó de los Reyes;
Pues aunque armada vele la justicia,
Sabe ocultar sus hechos la malicia;
Y si alguno por caso se descubre,
Soborno al juez, y el oro me lo eneubre:

- 1 Nam si tota mihi cum corpore vita peribit,
Nec poterit superesse meum post funera quidquam;
Quis mihi Regnator cœli? Quis Conditor orbis?
Quis Deus, aut quæ jam meritò metuenda potestas?
Ibo per impuros fervente libidine luxus,
Incestabo thoros, sacrum calcabo pudorem,
Inficiabor habens aliquod sine teste propinqui
Depositum, tennes avidus spoliabo clientes,
Longævam perimam magico cantamine matrem.
Tardat anus dominum dilatà morte secundum;
Nec formido malum: falluntur publica jura:
Aut si res pateat, iudex corrumpitur auro:
Rara reos justà percellit pœna securi.

Lib. 2, cont. *Symmach.* v. 168.

Que raras veces el castigo justo
Al criminal, si es rico, causó susto.

Os engañaís (responde Bayle), y es temerario vuestro juicio pensando así de mi querido libertino. Aun dado que él se halle escóndido en las mas densas tinieblas, y pueda quedar oculto su delito, todavía no le faltará otro poderoso impulso que reprima su pasión. ¿Cuál es este? Oigámos sus palabras, no sea que piense alguno exageramos. « Si él se creyese² á cubierto de todo indicio y » de sospecha, podría no obstante resolverse á soltar la » presa (*habla de la restitucion de un depósito secreto*) » temiendo caer en la desgracia que han tenido otros, y » es el publicar ellos mismos sus delitos, ya en sueños ó » ya en un delirio ocasionado de una fiebre. Lucrecio se » sirve de este motivo, para exhortar á la virtud á los » que no tienen Religion. » ¡Eficacísimo estímulo capaz de desterrar los vicios y de mover á todo el mundo á una santidad epicúrea! Ve aquí cómo lo maneja el poeta libertino².

Feliz vivir no puede ni sereno
Quien los derechos huella mas sagrados;
Pues, aunque engañe por de pronto al bueno,
Y aun los dioses se den por engañados,
Tema, por mas que en nada se deslice,
Que al fin su proceder se patentice.
Que cuando el alma descuidada opera
En la tranquilidad del sueño leve;
O en un delirio que á la mente impera
Con la violencia de la fiebre aleve,
Muchos, segun se cuenta, declararon
Faltas que cuidadosos ocultaron.

1 Pens. divers., § 179.

2 Nec facile est placidam ac peccatam degere vitam,
Qui violat factis communia federa pacis.
Et si fallit enim Divum genus humanumque,
Perpetuo tamen id fore clam, diffidere debet:
Quippe ubi se multi per somnia sæpè loquentes,
Aut morbo delirantes protraxe ferantur,
Et celata diu in medium peccata dedisse.

LUCRET., lib. 5, v. 1154.

Warburton reflexiona sabiamente es una cosa inverosímil que el miedo de un accidente tan poco probable y remoto sea bastante para contener en un hombre el ímpetu de una pasión que de presente le tienta y estimula. Nosotros nos contentaremos con suplicar á Bayle nos diga á fe de caballero, si en realidad él podia inclinarse á creer que desde el tiempo de Lucrecio hasta sus dias, habria habido un solo impío á quien el miedo de manifestar durmiendo ó delirando sus excesos, le haya contenido alguna vez para no ejecutarlos.

III. *Dado que todos los motivos mencionados por Bayle obrasen sobre los impíos, no por eso serian virtuosos. Pensamiento de Cardano repetido por Collins y por Tolando.*

Pero supongamos finalmente que estos motivos, procedentes del miedo á los magistrados, ó de la infamia ó del honor para con las gentes, tengan lugar en los impíos: ¿pero cuál, pregunto, será el efecto que producen? Reducirlos, dice Bayle, á la virtud y buenas costumbres. ¿Mas quién deja de conocer que esta seria una virtud de hipócritas, la cual conteniendo á lo mas la mano de ejecutar la mala obra, deja en el corazon el malicioso afecto y aun le aumenta y dobla con la vanidad ó el interés? « Es ya reo, dice San Agustin¹, en la » voluntad el que quiere hacer lo que no debe ejecutar » se, y no lo ejecuta porque no puede ejecutarlo impunemente. Y antes habia dicho Ciceron²: ¿Son dignos » estos inocentes y modestos de conciliarse la estimación y merecer alabanzas...? ¿Mas cómo podremos » llamar púdicos á los que solo el temor de la infamia » contiene del estupro?...? ¿Cómo las fealdades del cuerpo serán odiosas é indecentes, y no lo será la deformidad del alma? » Es pues una locura el argumento con que Jerónimo Cardano, hombre de dudosa ó ninguna religion, mencionado por el mismo Bayle, pretende probar no ser útil la fe de la otra vida para vivir en esta virtuosa y felizmente; y si por el contrario con-

1 *Epistola 145, ad Anastas.* — 2 *Primi. De leg., cap. 19.*

duce á ello la opinion opuesta. Porque siendo regular no fiarse los hombres de quien no parece hombre de bien, los que niegan la inmortalidad del alma (y lo mismo se debe decir de todos los libertinos) se ven precisados á ostentar mayor rectitud y honestidad, porque no parezca que son malvados en consecuencia del sistema que profesan. Así como vemos, continúa, que los usurarios son extremados en mantener la palabra dada, aunque sean corrompidísimos en todo lo demás¹. Sin duda Cardano expresa aquí en realidad el carácter comun de los impíos, los cuales sabiendo que su sistema inspira odiosidad y horror, y que todos deben guardarse de ellos como de unos monstruos del género humano y sus enemigos comunes, por eso afectan un cierto aire de honradez, un exterior de hombres de bien, para ser tolerados en la sociedad y evitar los castigos que merecen. Pero al mismo tiempo todos conocen no se puede producir argumento mas inútil para persuadir la pretendida ventaja que resulta de la impiedad; pues esta, que él llama vida feliz y virtuosa, es una vergonzosísima hipocresía, y una viciosa astucia, como la de los usureros; la cual por el contrario nos enseña cuán pernicioso es un sistema que induce á sus secuaces á tan abominable método de vida. Y para que se vea como se copian unos y otros, nótese aquí con reflexion, que de este mismo argumento sofístico é inepto de Cardano se valió tambien Collins², en el *Discurso sobre la libertad de pensar*, pretendiendo que un hombre que piensa con libertad (esto es licenciosamente), como incurre por ello en la indignacion del resto de los hombres, se ve obligado á vivir como virtuoso y hombre de bien. En Tolando se halla tambien el mismo argumento³.

¿Mas qué especie de virtud es esta? ¿Qué concepto deberá formarse de quien es capaz de escribir, y de los que oyen con aplauso tales argumentos y á tales racionadores? Verdad es que Collins, despues del referido argumento se vuelve luego á otro principio para probar la

1 *Hieron. Cardan., t. III Oper., pág. 464.*

2 *Discurso sobre la libertad de pensar, pág. 177.*

3 *Adeisidaimon, § 23.*

virtud de sus *libres pensadores*, y es : « que como un » hombre que quiere llegar á pensar libremente, necesita mucha diligencia y aplicacion ; esta ocupacion continua apartará de su ánimo todas las malas disposiciones y las pasiones viciosas¹. » Á esta nueva demostracion (que uná ú otra vez se oye de boca de algun jóven incrédulo) me parece responde muy bien Bentley² preguntando brevemente estas dos cosas. Primera, ¿si todos los hombres ocupados son virtuosos? Segunda, ¿si todos los que dicen ser *libres pensadores* ó impíos, son por eso ya unos hombres ocupados?

IV. *Qué es lo que vale el temperamento para probar la virtud de los ateos.*

Pero volvamos á hablar de Bayle, y examinemos por fin el otro manantial ya mencionado, del cual pretende sacar prueba de la honradez y virtud de los impíos, á saber, la *fuerza del temperamento* ; en virtud del cual se ve á muchos, dice, naturalmente ajenos de ciertos excesos ; aborreciendo unos la crueldad y los homicidios, otros las obscenidades y destemplanza : que los unos tienen horror á los pleitos y supercherías, y otros á la infidelidad y á la mentira. Si hubiese pues logrado el ateo un temperamento dotado de ciertos caracteres, aunque no admita Religion alguna, eso no obstante podrá llevar una vida honesta, sobria, dulce, benigna y virtuosa, con el favor solamente de la índole feliz que le dió la naturaleza. Mas este argumento, si alguna cosa prueba, será solamente que no todos los impíos cometerán todo género de delitos ; lo que no le disputaremos á Bayle. La naturaleza humana no permite que un hombre solo llegue á tal punto de corrupcion que se entregue á todos los excesos, de modo que se cancelen ó trastornen todos los dictámenes de la razon natural. Una pasion se opone á otra ; y la complacencia de un apetito acomodado á la índole y al temperamento, aunque sea bueno, impide satisfacer otra pasion, y en consecuencia

¹ Collins, *ibid.*

² *Las briboneras laicales de los pretendidos espíritus fuertes de Inglaterra*, parte 2, nota 44.

aparta de cometer alguna criminalidad que le seria penosa. Las historias nos muestran repetidas veces, y nosotros vemos cada día unidas grandes maldades con la práctica de acciones, que por su naturaleza son loables. Por eso, cuando defendemos que la impiedad promueve y fomenta la corrupcion de las costumbres, no pretendemos que por ello haya de desconcertar del todo el temperamento del que la profesa, ni que este haya de ser á un tiempo cruel, lascivo, avaro, destemplado, traidor y homicida, si de su naturaleza era pacífico, casto, liberal, sobrio, leal y humano ; lo que decimos es, que el impío en virtud de su sistema está dispuesto á cualquiera crimen que le agrade, ó para ponerle en ejecucion, si la oportunidad le favorece, ó para desear cometerle cuando violencia extraña se lo impida. El argumento propuesto solo prueba que el impío no hará jamás lo que no le ocurra, ó no le acomodare á su genio ; lo que nosotros no negamos : mas esta no nos parece gran virtud. Será siempre un hombre malvado, 1º porque las buenas inclinaciones del temperamento nunca son tantas, que se opongan á todas las pasiones, antes bien estas por lo comun son muchas mas que aquellas : y así estas pasiones serán servidas á todo placer, sin que la índole se oponga. Lo 2º porque las mismas buenas prendas del temperamento no son tan firmes y fuertes, que no hayan de ceder á la mutacion de los objetos y del mal ejemplo en un hombre en quien, en caso de conflicto, no solo no están sostenidas por buenos principios, sino totalmente abandonadas y entregadas á sus propias fuerzas. Las historias nos refieren mil sucesos de temperamentos felices corrompidos por el atractivo de los objetos y por la fuerza del mal ejemplo : y á este propósito escribió Séneca que « de las personas con quienes se vive y » se conversa se toma la regla de las costumbres : y á » la manera que se corrompe un cuerpo con el contacto » de otros cuerpos corrompidos, así un ánimo malvado » vicia la buena índole de otro : los ebrios invitan á sus » convidados á la embriaguez, y la compañía de los im- » púdicos ablanda hasta los pechos duros como el bronce » y el pedernal¹. »

¹ Séneca, lib. 3, *De ira*, cap. 8.

V. *Ilacion á favor de nuestra tesis.*

Queda pues probado con evidencia, por lo que se ha dicho hasta aquí, que los motivos que pone Bayle en un hombre sin religion, para que pueda vencer el ímpetu de las pasiones que le arrastran, son ineptísimos. Podrán sí hacer que no cometa todas las maldades; sea re-trayéndole de algun delito público, para lo que sirven la espada del Príncipe y el horror de la infamia; sea dejando de impelerle á alguna clase de vicios, para lo que contribuyen la índole y el temperamento. Pero todos estos tan ponderados motivos ni unidos ni separados sirven para impedir otros infinitos excesos, que ó no están prohibidos por los hombres, ó no los reputan por ignominiosos, ó son ocultos é internos, y por otra parte gratos á la índole y temperamento. Contra estos no hay freno en el impío. Pero menos aptos son estos motivos para inducirle fuertemente á las buenas costumbres, y hacerle que viva virtuosamente, como pretende el contrario á quien hemos impugnado.

CAPÍTULO VII.

Exámen de otros argumentos de Bayle á favor de la pretendida virtud de los incrédulos.

1. *Paradoja de Pomponacio adoptada por Bayle acerca del amor puro de los que piensan que el alma es mortal. Refútase.*

Pedro Pomponacio, célebre filósofo, y cuando era profesor en Padua, maestro del gran Cardenal Gaspar Con-tarini¹, en un libro que intituló de la *Inmortalidad del Alma* (y que fué materia de muchas disputas), pretendió

¹ Este no dudó oponerse á su celeberrimo maestro, escribiendo dos libros igualmente intitulados *De immortalitate animæ*.

probar que ni se podia ni se debia decidir esta cuestion con razones naturales, ni podia con ellas demostrarse que el alma humana es inmortal; sobre todo lo cual debia escucharse únicamente la fe, que nos cerciora de su inmortalidad. Llegando pues á tratar de esto, y oponiéndose tambien el argumento que aquí hemos expuesto, esto es, que con negar las penas y premios de la otra vida (que era consiguiente á la mortalidad del alma), se viene á abrir el camino á toda suerte de delitos, y á desterrar del mundo la virtud; una de sus respuestas es: « que los que afirman ser la alma mortal promueven » mucho mejor la perfeccion de la virtud, que los que » dicen ser inmortal; puesto que la esperanza del premio, ó el temor de la pena, parece que llevan consigo » cierta servidumbre, que es opuesta á la naturaleza de » la virtud¹. » Agradó á Bayle sin duda este pensamiento; y por lo tanto, queriendo probar que tambien los impíos pueden tener ideas de virtud y seguir las, dice²: « que la razon dictó á los antiguos sabios debia hacerse » el bien por amor del mismo bien; que la virtud debe » ser el premio de sí misma, y solamente es propio de » un hombre ruin abstenerse del pecado por miedo del » castigo. » Habiendo alegado despues de esto un pasaje de Ciceron, en que se habla de la piedad de Epicuro: « Es pues cierto³, añade, que la razon, sin el » auxilio de la Religion, halló la idea de esta piedad tan » celebrada de los Padres, que hace se ame á Dios y se » observe su ley por su infinita perfeccion. » ¿Quién pensaria jamás habia de ver á los ateistas elevados á esta mística sublime, y hechos no solo hombres de bien, sino encendidos de amor puro, y obrar por impulso tan perfecto? Pues tales quiere Bayle los creamos; y por eso, entre otros elogios con que ampliamente los honra, hace tambien en su alabanza la aplicacion de estos versos⁴:

¹ Pet. Pompon., *De immortalitate animæ*, cap. 14.

² *Pens. divers.*, § 178. — ³ *Ibid.*

⁴ Oderunt peccare boni virtutis amore:

Oderunt peccare mali formidine pœnæ, *Lib. 1, epist. 16.*

De la virtud por amor
 El bueno á serlo se excita;
 Y al malo el pecar evita
 De las penas el temor.

Sin embargo nos creemos con derecho á reirnos de este soñado heroísmo en gentes que no tienen Religion, y en quienes por sistema todo se reduce y se mide por el amor propio, aun los oficios mismos de las virtudes, las cuales de ese modo se malean y corrompen. Por lo que con mucha mas verdad y razon se expresan los sentimientos de los antiguos sabios en estos versos de otro poeta ¹:

No se hallará fácilmente
 Uno solo entre millares,
 Que por su mérito propio
 A la virtud siga y ame.
 Digna es de amor; mas si el premio
 La falta, que la realce,
 No estimula: pues el hombre
 Odia ser bueno de valde.

Pero por decir algo mas acomodado á nuestros intento, y directamente opuesto al pensamiento de Pomponacio, oigamos como se explica Hierocles en sus Comentarios sobre los Versos Aureos ²: « Los que creen » mortal el alma, cuando hablan de no despreciar la » virtud, en vez de decir la verdad, se mofan de los » que los oyen. Si despues de la muerte no subsistiese » alguna cosa de nosotros, y esta no tuviese una inclinacion natural á adornarse de la verdad y de la virtud, cual decimos ser el alma racional, no se veria en

1 Non facile invenies multis in millibus unum,
 Virtutem pretium qui putet esse sibi.
 Ipse decor recti, facti si premia desint,
 Non movet, et gratis poenitet esse probum.

Ovid. *de Pont.*, lib. 2, eleg. 3.

Son conformes á estos los de Juvenal, sat. 10:
Quis enim virtutem amplectitur ipsam,
 Præmia si tollas?

² Hieroc., in *Aur. carm.*

» nosotros un puro deseo de las cosas honestas. La sospecha sola de que el alma sea mortal, sofoca todo el » deseo de estas (de la verdad y de la virtud) y mueve á » gozar de los deleites corporales, sean los que fueren, » y donde quiera que puedan conseguirse. »

II. *El mismo Bayle la niega en otro lugar, y se atiene á los hechos.*

En efecto, el mismo Bayle, que, en los *Pensamientos diversos*, habia presentado este amor desinteresado y puro de la virtud, como un motivo por el cual los incrédulos pueden retraerse del mal obrar, y estimularse á vivir honestamente, en el *Diccionario*, despues de haber referido las palabras ya citadas de Pomponacio ¹, lo reconoce por un vano delirio, inepto para disolver el robustísimo argumento, que demuestra ser el sistema de los libertinos fuente de la mas desenfrenada corrupcion. Y dice así ²: « Todas estas observaciones (de Pomponacio) no allanan la dificultad; son miserables efugios. » A esta confesion, ¿qué resta que decir? « Hé aquí (sigue) un pensamiento mas racional, y fundado » en los hechos. El filósofo peripatético dice, que un » gran número de hombres dolosos, pérfidos y malvados creen la inmortalidad del alma, y muchos santos » y justos no la creen. »

¹ Pedro Pomponacio, natural de Mantua, en la Italia, enseñó la filosofia en Padua y otras varias ciudades con gran reputacion. Pero sus obras *De immortalitate animæ*, y la de los *Encantamientos* le ocasionaron muchas contradicciones. En la primera se empeña en decir que solo por la fe podíamos estar seguros de la inmortalidad del alma, como si las nociones de la moral, y la diversa condicion del vicio y de la virtud, muchas veces no recompensados en esta vida, prescindiendo de otras mil pruebas, no la persuadiese; y así esta opinion fué reprobada en el Concilio V de Lafran. No es menos vituperable la segunda obra, en la cual, al mismo tiempo que niega al demonio toda parte en la magia y sortilegios, atribuye todos los efectos milagrosos á los astros, etc., de los cuales hace depender las leyes y la Religion: y así fué puesta en el índice espurgatorio. Sin embargo se cree que su incredulidad era mas de palabra que real, y así se asegura que murió muy cristianamente en 1525.

² *Diccion. crit.*, art. *Pomponacio*.

Este es el grande argumento con que Bayle piensa triunfar, y por eso le trata ampliamente en muchísimos lugares de sus obras. Conviene pues pararnos á desvanecerle, pues sabemos la complacencia con que los libertinos se saborean en él. Copiemos pues el texto del párrafo 174 de los *Pensamientos diversos*, donde trata especialmente este punto. « Mas para decir alguna cosa » mas fuerte aun, y que no deje en los términos de » conjetura lo que he dicho acerca de las costumbres » de una sociedad de ateos, advertiré que las pocas » personas que hicieron abierta profesion del ateísmo » entre los antiguos, un Diágoras, un Teodoro, un Eme- » mero y algunos otros, no vivieron de modo que hicie- » sen declamar contra el libertinaje de sus costum- » bres... por el contrario, su buena vida pareció tan » admirable á Clemente Alejandrino, que se creyó obli- » gado á repeler como falsa la acusacion de ateísmo que » se les habia opuesto ¹. » Hé ahí el maravilloso y decantado argumento, que si bien se mirá, contiene tantos errores como palabras : miserable sofisma, que de nada sirve, sino de probar y confirmar de nuevo nuestra causa.

III. Respuesta general á este argumento.

En primer lugar, que entre los que creen la inmortalidad del alma y profesan la Religion haya un número grande de hombres viciosos y malvados, como decia Pomponacio, es tan cierto como digno de llorarse, y no lo negamos tampoco nosotros. ¿ Pero de esto se debe inferir que el sistema de la Religion tenga alguna parte ó influjo en esa fatalidad? No creo haya libertino tan atrevido que lo afirme. Ellos mismos pretenden que la Religion es una invencion de los políticos para contener con este freno á las gentes en su deber. No pueden pues decir que sirve de fomento á la relajacion de los que la profesan. La relajacion dimana de un ímpetu fuerte y vehementísimo de las pasiones, que atropellan por todos los motivos de esperanza y de temor con que la Religion por

¹ Pens. divers., § 174.

su fuerza natural los llevaria á la virtud, retrayéndolos del vicio. De lo cual se deduce legítimamente una notaria verdad contra la tesis de Bayle y de sus parciales. Porque si las pasiones (como se ha observado ya) tienen tanta fuerza en el corazon humano que rompen aquel eficazísimo freno con que la Religion las reprime, y arrastran á los hombres, á pesar de la resistencia de su fe, á las mas enormes maldades, ¿ cómo podrá pensarse jamás que aquellos en quienes no se halla este freno, esta resistencia, esta contradiccion, antes hay un sistema, que fomentando la licencia les invita á todo género de desahogos; cómo podrá pensarse, digo, que hallándose estos en las mismas circunstancias, siendo agitados de las mismas pasiones, han de permanecer constantes, y vivir como virtuosos, como santos? He dicho en las mismas circunstancias, y agitados de las mismas pasiones, porque puede muy bien suceder que un hombre persuadido de la Religion, pero agitado de mas alicientes, de mas estímulos, de mas comodidades y mas incentivos, cometa maldades mas enormes y mas escandalosas que un atea de otra índole, ó que se halle en otro estado ó situacion. Para cometer las crueldades y las enormes brutalidades de Neron, era preciso ser Emperador de Roma. Ni sirve para acreditar el ateísmo oponer á aquel monstruo coronado (á quien Bayle nos presenta como hombre de Religion, del mismo modo que á Caligula y Tiberio, y otras iguales pestes de Roma) un infeliz judío, cual fué Espinosa, que vil por su nacimiento, de condicion pobre, molestado de la ética desde la edad de veinte años; vivió sin cometer atrocidades ni abandonarse á la lujuria en una posada de un canton de Holanda. Si aquellos con la corrupcion del corazon hubieran llevado al trono la impiedad de las máximas irreligiosas, ciertamente no habrian sido menos malos, hubieran sido peores, á no ser que digamos que no los habria contenido jamás el temor de las deidades que creian. Bárbara, mujer del Emperador Sigismundo, é impía (como queda dicho), puede muy bien compararse con María, mujer de Oton, con Zoe de Romano Argirópulo, con Eufrosina de Alejo, y con otras, que á pesar de la Religion se distinguieron sobre el trono por sus escandalo-

sos desarreglos; y se verá que aquella de su propia impiedad sacaba la audacia, y la inspiraba á otros para no ser inferior á nadie en la liviandad, declarando que no se debía desear vivir sino para gozar de los placeres.

IV. *Reflexiones sobre un pasaje de Clemente Alejandrino acerca de Diágoras, Teodoro y Evemero. Idea crítica de Bayle.*

Sentadas estas verdaderas reflexiones que quitan toda la fuerza al argumento, volvamos á ver el pasaje de Bayle. « Observo, dice, que los pocos que entre los antiguos han hecho profesion del Ateísmo, un Diágoras, un Theodoro, un Evemero, no vivieron de manera que diesen lugar á que se alzase la voz contra el libertinaje de sus costumbres. » ¿Pero era Bayle tan poco práctico del mundo y de las cosas humanas que ignorase puede haber y hay hombres malvados y corrompidísimos, sin que cometan criminalidades tan públicas y manifiestas, que sean dignas de la historia ó de un poema? ¿Es argumento bastante el silencio de los historiadores, para que creamos justos é inocentes á los que no profesaban religion alguna? No me fundo en el silencio solamente, replica Bayle, « hallo sí que su buena vida pareció tan admirable á Clemente Alejandrino, que se creyó obligado á desechar como falsa la acusacion de ateísmo, que se había formado contra ellos. » Luego Clemente Alejandrino, diré yo, era de nuestra opinion, y tenia por imposible se pudiese unir con el ateísmo una vida moderada y sabia ¹. Y por eso pretendió que aquellos que á su parecer habian vivido bien, habian reconocido la Divinidad; y se les dió el nombre de ateístas porque se mofaban de las falsas divinidades, y se reian de las necias supersticiones de su país. Pero en esto, responde Bayle, se equivocó Clemente Alejandrino, « y yo admiró que un hombre de tanta erudición no advirtiese que los paganos distinguian exactamente los unos de los otros. » Séame lícito apelar aquí á la crítica de Bayle. Si desecha la autoridad de Clemente, cuando

¹ *Improt.*, pág. 7.

excluye á estos del número de los ateos; ¿porqué despues la hace valer con tanta pompa cuando los elogia como hombres de bien y de puras costumbres? Si erró Clemente por lo respectivo á su impiedad, ¿porqué no se creará que erró tambien en orden á sus costumbres? Erró en el primer punto, dice Bayle, porque Ciceron, Plutarco y Diógenes Laercio los llaman ateos, y los paganos distinguian con gran cuidado los unos de los otros; esto es, á los que negaban toda divinidad, de los que solo negaban las supersticiones idolátricas. Admira en verdad que un hombre de tanta erudición como Bayle haya podido asegurar con tanta satisfaccion está exactitud de los paganos en distinguir esos dos puntos. Bien pudiera acordarse de aquel pasaje de Dion, hablando de Domiciano, en donde Clemente y Domitila, cristianos, eran acusados de ateísmo: de aquel otro de Juliano Apóstata en su obra de los *Césares*, donde impone la misma tacha á Constantino el Grande: de otros ciento en los Apologistas de nuestra Religion; por los que sabemos que los paganos acusaban generalmente á los cristianos de impiedad. Este abuso de imponer el carácter de ateísmo aun á los que reconocian la Divinidad, y solamente despreciaban las locuras de los Dioses del país, lo han tenido presente no solo Mureto, citado por Bayle, el cual suscribe á la opinion de Clemente Alejandrino; sino tambien Vosio ¹, quien lo demuestra latamente en la insigne obra del *Origen de la idolatria*, hablando puntualmente de algunos de los mencionados ateístas; y tambien Fabricio en la *Bibliografía anticuaria* ², y en otras partes. ¿Qué mas diré? El erudito Abad Sevin ³, en una Disertacion sobre la vida y obras de Evemero, despues de haber mencionado y aprobado la opinion de Clemente Alejandrino acerca de este pretendido ateo, y haber dado una idea, segun lo que pudo sacar de los autores antiguos, de la historia de este hombre, escrita despues de aquella su navegacion famosa, cree puede inferirse de un pasaje de Ciceron y de los testimonios de

¹ *De orig. idol.*, lib. 1, cap. 1.

² *Bibliograph. antiq.*, cap. 8.

³ Vide, *Memorias de la Academia Real de las Inscripciones y Bellas Letras*, t. XI.

los apologistas cristianos, *que el nombre de ateo, tomado en su rigurosa significacion, no se le podia dar legítimamente.* Pretende que Evemero solamente impugnó los dioses populares, cuyo origen se habia empeñado investigar en su obra, y dar á conocer habian sido hombres mortales y terrenos, divinizados por la opinion de los pueblos. Todas estas reflexiones nos muestran que Bayle procedió con demasiada ligereza en condenar á Clemente Alejandrino, á lo menos por lo respectivo á algunos de los mencionados filósofos, cuyo atéismo no estan cierto como él se imaginaba. Pero elógiése enhorabuena la severidad de su crítica, que niega la autoridad de Clemente en este punto, aunque apoyada en los citados testimonios: mas díganos á lo menos; ¿qué argumentos son los que le han movido á abrazarla sobre el otro punto, que es la arreglada y moderada vida de los mismos? A la verdad ni de Diágoras, ni de Evemero me acuerdo haber hallado cosa alguna en Ciceron, ni en Diógenes, ni en Plutarco que acredite sus costumbres. ¿Y por ventura hallamos algun elogio de Teodoro, que entre todos fué quizás el ateo mas cierto y declarado? Si por cierto. Laercio ¹ dice de él, enseñaba que el hombre sabio « podía cuando le agradase cometer toda especie de hurtos, de adulterios ² y sacrilegios: no siendo estas acciones malas por su naturaleza; » y aun con una impudencia cínica añadía: « que el *sabio podía públicamente, y sin avergonzarse, hacer lo que el pudor no nos permite decir.* » Hé ahí cuales eran las máximas de este ateo. ¿Y el tenor de su vida era contrario? Por el mismo Laercio sabemos que, hallándose en

¹ Lib. 2, in *Aristip.*

² Mably, en sus *Principios de moral*, permite tambien al estudioso que busque un desahogo á su naturaleza en una mujer pública, con tal que no se enamore y se distraiga de sus tareas. ¡Moral bellísima! ¡digna de un hermano de Condillac! y sin embargo este es el héroe á quien se buscó para que escribiese el *Método de estudiar un Príncipe* (el de Parma) *la historia*, que es el que lleva el nombre de su hermano. Sabido es que Rousseau en su *Emilio* supone á este jóven educando llevado por su mismo ayo á la casa de la prostitucion. Las frecuentaba su autor, y no es extraño quisiese inspirar estas máximas á sus lectores. ¡Santa filosofía!!!

un convite en casa de Lisimaco con Hiparquia, mujer de Crates, descaradísima cínica, y habiéndole esta propuesto cierto sofisma propio suyo, Teodoro no la respondió con palabras, pero mostró con la obra que no estaba ajeno de sus teorías ¹. Ignoraba acaso Bayle esta relacion de Diógenes? No por cierto. En el *Diccionario* lo refiere íntegramente en el artículo *Hiparquia*, aunque con esta diferencia, que si Laercio, aunque de secta epicúreo, se explica en términos breves y modestos, él forma una escena digna de un lupanar, y suple lo que omitió Laercio. Esta es la crítica exacta: esta la buena fe del escritor de Rotterdam. Cuando se empeña en hacer pasar á los ateos por gente de vida admirable, de arregladas y moderadas costumbres, hace comparecer entre estos hombres buenos aunque sea á un Teodoro con la autoridad de un Padre de la Iglesia; y cuando despues quiere divertir á sus parciales y amigos con sus geniales y acostumbradas noticias, hace venir al teatro á ese mismo Teodoro, y le pinta solazándose con una dama cínica. De estos ejemplares de la crítica Bayliana pudieran citarse innumerables. Por ahora infiera el sabio lector que los argumentos de hecho ó de derecho del grande abogado de los impíos, que hasta aquí hemos examinado, nada sirven para persuadir sus buenas costumbres.

CAPÍTULO VIII.

Historia y moral de Epicuro.

1. Bayle pone á Epicuro como uno de los mas ejemplares entre los filósofos antiguos.

Sigamos un poco todavía al célebre apologista de los ateos, que despues de haber pretendido con la autori-

¹ Laercio, lib. 6, in *Hipparch.* *Tum ille (Theodorus) ad id quidem minimè respondit: sed ejus pallium attraxit. Sed neque territa, neque turbata est Hipparchia ut mulier.* Gloríese al Bayle de la virtud de su filósofo.